

© 2019, LIZA PORCELLI PIUSSI

© De esta edición:

2019, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-5884-9

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2019

Dirección editorial: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Edición: LUCÍA AGUIRRE - LAURA JUNOWICZ

Ilustraciones: GABRIEL SAN MARTÍN

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS Y JULIA ORTEGA

Porcelli Piussi, Liza

La forma china de guardar las cosas / Liza Porcelli Piussi ; ilustrado por Gabriel San Martín. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2019.

128 p. : il. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-950-46-5884-9

1. Narrativa Infantil Argentina. I. San Martín, Gabriel, ilustr. II. Título.
CDD A863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 3.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2019 EN PAUSA IMPRESORES, ANATOLE FRANCE 360, AVELLANEDA, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

La forma china de guardar las cosas

Liza Porcelli Piussi

Ilustraciones de Gabriel San Martín

loqueleg

Terciopelo

Danilo había dicho que iba al quiosco de abajo y regresaba, pero cuando llegó al quiosco, siguió de largo. No sabía a dónde iba y tampoco le preocupaba. Dio vuelta la mano para mirar el reloj. Recién eran las 5:05 de la tarde. Tenía casi una hora para hacer lo que quisiera. *Terciopelo*, la novela que Silvina miraba, recién había empezado. Cada tarde, desde el principio de las vacaciones, ella le venía avisando que por nada del mundo podía perderse el capítulo de ese día. Pero según le había dicho ayer, ahora realmente se venían los últimos capítulos. O sea que, por unos días, Silvina iba a estar más enfrascada que de costumbre en la pantalla como para darse cuenta de si él volvía o no del quiosco.

Eso sí, cuando *Terciopelo* terminara, en 55 minutos, ella lo buscaría para contarle lo que había pasado, y los dos se quedarían charlando sobre lo que faltaba que ocurriera para que por fin Alberto y Ana pudieran estar juntos.

Danilo nunca había visto *Terciopelo* pero sabía exactamente de qué se trataba. Su mamá odiaba las novelas porque “te pudren la cabeza sin que te des cuenta”. Silvina le explicaba a Danilo que ella ya tenía la cabeza

podrida y se iba al living cuando empezaba a sonar la canción del comienzo, la que ahora él tarareaba, doblando la esquina de su casa.

A pesar del calor que hacía, iba con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Esa era su forma de pasar desapercibido. Le parecía tan canchero andar así que lo usaba como disfraz cuando quería que la gente lo confundiera con otro.

10

Al caminar delante del supermercado de la vuelta, pensó en su abuelo. Él siempre decía que en los supermercados chinos encontrabas todo lo que podías necesitar. Danilo nunca había entrado ni a ese “chino” de la vuelta de su casa ni a ningún otro para ver si eso era verdad. Su mamá hacía las compras por internet después de haber escuchado que en los supermercados chinos se apagaban las heladeras y los lácteos empezaban a pudrirse sin que nadie se diera cuenta (igual que pasaba con la cabeza y las novelas...). Tal vez esta era la oportunidad de mostrarle a su mamá que estaba equivocada y de ver si el abuelo tenía razón y ahí encontrabas todo lo que necesitabas. Pero ¿qué podía necesitar él? No tenía mucho tiempo para pensarlo. Antes de que la novela terminara, debía volver... ¡Eso necesitaba! Tapones de oídos para no escuchar la novela. Usándolos ya no tendría que meterse en su cuarto y evitar salir por una hora. Podría andar por la casa lo más tranquilo con los tapones puestos. Silvina iba a pensar que los usaba para obedecer a su mamá,



pero él sabría que no, que en verdad no quería escuchar lo mismo dos veces, que en realidad lo que a él le gustaba era la novela que Silvina le contaba.

Danilo volvió sobre sus pasos y se paró delante del supermercado.

12 Desde que se habían mudado al barrio, la persiana del negocio estaba cerrada. Era posible que se les hubiera roto y fuera muy pesada para subirla cada día. La puerta para entrar, entonces, no era una puerta, sino la abertura de metal que tenía la propia persiana para que pudiera salir de adentro la persona que la bajaba cuando cerraba el negocio. Una vez pasada esa abertura, el lugar era un rectángulo enorme iluminado por unos pocos tubos fluorescentes. En la caja registradora no había rastros de cajera. La música que sonaba parecía salida de un videojuego donde se gana comiendo cosas. Pero entre las góndolas no había nadie ni comiendo ni comprando nada.

Antes de ir por los tapones, Danilo buscó las heladeras: palpó seis leches, cuatro quesos y dos yogures. Todo estaba suficientemente frío. Iba a seguir tocando las cremas cuando sintió cosquillas en los tobillos y se asustó. El gato que había intentado restregarse entre sus piernas se asustó más que él y corrió hacia el fondo del salón. Danilo lo siguió para acariciarlo.

Con la persiana baja, la luz de la calle no llegaba al final del supermercado. Solo había un tubo fluorescente encendido que amagaba con apagarse todo el tiempo.

En las estanterías del fondo, alcanzó a ver ralladores, repasadores, sopapas y velas más o menos acomodados. Si en el supermercado tenían tapones para los oídos, ese debía ser el lugar donde los encontraría.

Al costado de la estantería había una salida tapada por una cortina de tiras de plástico grueso que no dejaba ver lo que había detrás. Por ahí debía haberse escabullido el gato. ¿Y si se asomaba? Giró la muñeca para ver el reloj. Todavía tenía treinta y cinco minutos. Se quedó unos segundos apoyado contra el *freezer* vacío que había en medio del paso. A simple vista, parecía que observaba las estanterías, pero su cabeza ya estaba del otro lado de la cortina: en un túnel que conectara a todos los supermercados chinos de la ciudad, por donde circulara la mercadería de uno al otro como por los pasadizos de un hormiguero. La misma mercadería para todos los súper, la misma música de videojuego acompañando a los vagones que transitarían sobre rieles. Danilo dio unos pasos hacia la entrada del túnel, iba a asomarse, iba a hacerlo, pero algo pisó. Bajó la vista para ver qué era y se le doblaron las rodillas. La luz encima de él era blanca y poca, el piso era gris y sucio, el fajo de billetes era verdoso y ancho.

Junto a los billetes había una mochila medio abierta. Danilo la espío procurando ni tocarla, y apenas vio el interior, se echó hacia atrás. Adentro de esa mochila había tanta plata que ni se hubiera notado la falta del fajo que él había pisado y que ahora sostenía.

Falta peso

Antes de que pudiera pensar qué hacer, unas zapatillas rojas se plantaron a un costado. Él soltó los billetes y se incorporó en cámara lenta hasta que sus ojos se encontraron a la misma altura que los de Ornela. Los dos separados por la distancia de una mochila llena de plata.

14

Él sabía su nombre, pero estaba seguro de que Ornela ni debía saber que desde mitad del año pasado los dos iban al mismo colegio. También vivían en el mismo edificio. Pero eso era aún más reciente.

15

Antes de mudarse, cuando estaban remodelando el departamento, Danilo había ido con su mamá a ver cómo iba quedando. Todavía faltaba pintar y ese día hasta faltaba la puerta de entrada. Él andaba recorriendo los ambientes y, mientras su mamá hablaba con los pintores, la vio: ¡era Ornela!, la misma Ornela del colegio estaba ahí ¡en su casa! Pero como él aún no la sentía suya, no le dijo nada, solo se quedó escondido para mirarla como hacía en el colegio. Ornela estaba parada en medio de lo que iba a ser el living. Llevaba auriculares puestos. Tenía la música tan fuerte que él alcanzó a reconocer qué canción era. Por momentos ella la cantaba. Su inglés era un desastre, pero entonaba con tanta gracia que daba ganas de aplaudirla. Hasta que dio un giro como de baile o de Mujer Maravilla y salió corriendo del departamento.

Desde ese día, Danilo no veía la hora de mudarse. Imaginaba que se cruzarían seguido, en el pasillo, en los ascensores, en la vereda... y entonces no habría chances de que Ornela no lo viera como pasaba en el colegio. Danilo sabía que en el momento se iba a acobardar. Por eso se lo había jurado a sí mismo: donde fuera que se encontraran, le diría “hola” y enseguida le contaría que ella había estado en su casa. Eso la sorprendería tanto que Ornela le seguiría preguntando, y así, sin darse cuenta, se pondrían a charlar. Pero aunque hacía tres meses él se la pasaba subiendo y bajando por el ascensor para ir a ningún lado, nunca se la había cruzado en todo el verano hasta esa tarde en el supermercado chino.

Danilo estaba tan preparado para saludarla que, cuando se levantó del piso y la vio frente a él, cumplió su juramento automáticamente: *Hola... vos estuviste en mi casa.*

Como Ornela no respondía ni con un gesto, volvió a decirle lo mismo. Al ver que ella seguía como una estatua, se dio cuenta de que su voz solo se escuchaba en su mente, que nada estaba saliendo de su boca. Y no tuvo tiempo de volver a intentarlo porque ella, sin saludar, bajó la cabeza hacia el hombro y subió el hombro hacia el cachete para decirle entre dientes:

—Llévemola.

¿Que llevaran qué? ¿La mochila? ¿A dónde?

A Danilo le pareció que la música del supermercado empezaba a sonar más rápido.

—¡Dale! —insistió ella, viendo que él no hablaba ni se movía.

Danilo imaginó lo fantástico que sería si los dos a la vez se agachaban para alzar la mochila y, al darse cuenta, subían aprovechando que el otro ya había bajado y arriba volvían a encontrarse cara a cara, y de nuevo bajaban al mismo tiempo y todo se repetía hasta la risa. Pero lo único que él lograba mover eran sus ojos, que iban de los ojos de Ornela a los estantes donde podían estar los tapones para los oídos, y regresaban a ella.

Ornela resopló, se desató la camisa que llevaba atada a la cintura y la tiró delante de ella. Después se agachó, cerró la mochila y levantó la camisa con mochila y todo.

—Vos caminá primero —le dijo.

Por arte de magia, sin mochila a la vista, él reaccionó: se metió las manos en los bolsillos y salió caminando como ella había pedido. Ornela salió detrás de él.

—Pará... —susurró ella a sus espaldas—. Tenemos que comprar algo.

Danilo miró a los costados. Estaban en la góndola de las galletitas. Extendió el brazo para agarrar el primer paquete que encontró a la altura de su bolsillo. Eran alfajores, que Danilo apoyó frente a la caja registradora. Las manos le debían de haber transpirado porque el billete que tenía para comprar en el quiosco estaba blando y húmedo. Danilo lo puso encima de los alfajores.

—Falta peso —le dijo la mujer de la caja con una sonrisa.

Poner pausa

Él pensó que las cosas en los supermercados chinos se venderían por kilo y que habría un mínimo de peso que esos alfajores no colmaban. Se quedó mudo entonces, sin saber qué hacer.

—Te falta un peso —le tradujo Ornela.

—Ah, no tengo más.

18

Con la mirada, ella señaló hacia una carterita que llevaba colgada. ¿Querría que él buscara plata ahí? Pero ¿y si él le abría la cartera y ella le gritaba “¡qué hacés, nene!”? Mientras tanto, la cajera seguía esperando, la música sonaba tan rápido que parecía un solo piiiiiiiiiiiiiiiiiiiiip en sus oídos, y ellos tenían que poder salir de ahí lo antes posible.

—No importa —dijo la mujer—. Otro día vos trae peso.

Sin poder mirarla a los ojos, Danilo le agradeció y, seguido por Ornela, caminó hacia la calle encogiéndose, como si la salida fuera aún más chica de lo que era.

19

Hasta doblar la esquina no hablaron una palabra. Cuando Ornela le gritó que parara un poco, Danilo se dio cuenta de que no estaba respirando. Y sin respirar, solo se puede caminar rápido.

—¿Adónde querés ir? —le preguntó ella cuando él paró.

Danilo miró su reloj. Eran las seis menos veinticinco. ¿Que a dónde quería ir? A su cuarto para encerrarse a pensar qué hacer.

Su mamá solía decirle que no se preocupara tanto, que a su alrededor los demás solo estaban jugando y que si él los observaba por un rato, enseguida podría darse cuenta de las reglas del juego para saber qué hacer y meterse a jugar también. Cuando ella lo decía sonaba facilísimo. Pero desde la mudanza y el cambio de colegio, él se sentía como un extranjero que tenía que vivir donde estaba sin conocer aún el idioma del lugar.

Lo había visto en uno de sus cómics: un chico parado en una esquina de una ciudad extraña mientras las personas iban y venían delante de él. El chico, perdido y sin saber cómo pedir ayuda, sacaba de su mochila un control